



LA ORGANIZACIÓN PSÍQUICA Y LOS VÍNCULOS PRIMARIOS

EVELINA RABINOWICZ

RESUMEN

¿Es posible hablar de vínculo en los primeros momentos de la vida? ¿Hay, en ese tiempo originario, dos a vincularse? En todas las corrientes teóricas (incluidas las biologicistas) que miraron el fenómeno de la primera infancia hay coincidencia en afirmar el inacabamiento y la indefensión en la que nace el cachorro humano. La madre, entonces, no es en el inicio otro, sino el sostén psíquico de alguien que aún no existe. Se propone un recorrido, guiado por las manifestaciones conductuales del bebé, para dar cuenta de la gestación de un yo diferenciado de otros. El papel del pecho materno, el inicio del uso del dedo índice como exploración del mundo y horadación del cuerpo de la madre, los juegos de aparecer/desaparecer y el embadurnamiento con materias blandas (comida, caca, plastilina) como hitos en el camino de la constitución de un nuevo sujeto.

Palabras clave: Indefensión; identificación; cuerpo; fort-da; sujeto

THE PSYCHIC ORGANIZATION AND PRIMARY LINKS

SUMMARY

Is it possible to speak of link in the first moments of life? Is there, at that time origin, two linked? In all schools of thought (including biologist) that looked at the phenomenon of early childhood there is agreement in affirming the incompleteness and helplessness in which the puppy is born human. The mother, then, is not in starting another, but the psychic support of someone who does not yet exist.

It offers a tour, guided by the behavioral manifestations of the baby, to account for the gestation of a self distinct from others. The role of the breast, the first use of the index finger as an exploration of the world and piercing the body of the mother, the games appear / disappear and daub with soft materials (food, poop, play dough) as milestones on the road the formation of a new subject.

Keywords: Powerlessness, identification, body, fort-da, subject



...no existe eso denominado bebé, pues cuando vemos a un bebé en esta temprana etapa sabemos que vamos a encontrar los cuidados del bebé, cuidados de los cuales el bebé forma parte.

El destino del objeto transicional, D. Winnicott (1959)

“No existe eso denominado bebé”, dice Winnicott. He elegido empezar con una afirmación, tan tajante como sorpresiva, enunciada y sostenida por Winnicott en varios textos. Dicha afirmación problematiza el título mismo de esta exposición: ¿es posible hablar de vínculos en los primeros momentos de la vida? ¿Hay, en ese tiempo originario, dos a vincularse?

En todas las corrientes teóricas (incluidas las biologicistas) que miraron el fenómeno de la primera infancia hay coincidencia en afirmar la indefensión en la que nace el cachorro humano. Freud habla de un retardo prolongado en la maduración que pone al niño en situación de dependencia en relación a los padres, lo cual va a tener un peso fundamental en la constitución psíquica. Lacan (1949) propone el término “infans” para referirse a este tiempo en que el lenguaje es el del Otro que sostiene y el nuevo sujeto aún no ha encontrado lugar en él y por lo tanto, en su concepción, no es más que un mero organismo que devendrá humano a partir de su inclusión en la cultura, desde la que el Otro primordial lo soporta. Incluso Piaget (1965) habla de “adualismo inicial”, una indiferenciación sujeto-objeto en los inicios de la vida, en tanto la construcción del yo se produce en paralelo con la construcción del objeto, y no habrá entonces un yo diferenciado de lo real hasta tanto no se constituya la noción de objeto permanente, proceso que culminaría en el campo de lo práctico alrededor del final del segundo año de



vida. Desde el punto de vista madurativo (Ajuriaguerra et al. 1976), el bagaje de reflejos que trae el bebé al nacer no le permite resolver por sí mismo la satisfacción de las necesidades de supervivencia, necesitando por un tiempo prolongado la asistencia adulta. Isidoro Berenstein (1981) ubica el desamparo asociado a la indefensión frente a las necesidades de autoconservación y también frente a los propios impulsos agresivos, ligados después a la representación de objetos destructivos desmesuradamente poderosos. El registro del desamparo, dice este psicoanalista, nunca abandona al ser humano y retorna en situaciones extremas de gran infortunio o de pérdida significativa.

El desamparo deriva de la impotencia del recién nacido para una acción efectiva que satisfaga necesidades elementales; o sea, a nivel psíquico, se da frente a una tensión imposible de ligar y dominar mediante representaciones. La relación con el pecho materno transforma el desamparo en amparo, permite el logro de placer derivado de la cesación del hambre asociado al conjunto de cuidados y sostén, lo cual brinda la sensación de contacto y de tener el peso del cuerpo sostenido, evitando la caída (caída que es tanto física como psíquica: baste recordar aquí la sensación de fin del mundo previo al desarrollo psicótico o, en otro orden, el desmayo histérico, un "mute" escénico que deviene de un cierto malestar psíquico que se realiza en y por el cuerpo).

Freud (1895) ubica este proceso metapsicológicamente situando la experiencia de satisfacción: frente a los aumentos de tensión y consecuente pérdida de la homeostasis orgánica, el bebé está imposibilitado de producir la descarga del exceso salvo de manera inespecífica e ineficaz: llora. Este llanto, que no es más que grito de descarga, es recibido por un agente externo y capaz bajo el modo de un llamado (inaugurando así el campo de la palabra, en tanto mensaje dirigido a otro). Este auxiliar procura entonces el objeto



adecuado para satisfacer el estado de necesidad, produciendo dos efectos: el retorno a la homeostasis mediante la descarga específica de la tensión acumulada y a la vez la inscripción de una primera huella mnémica, corporal, que registra objeto, placer y movimiento.

Esta huella es la inauguración del aparato psíquico, que a partir de aquí no va a tener otra función (aunque sofisticándola cada vez más) que la derivación de las cargas que comprometan la homeostasis. Se inaugura regido por el principio del placer y el principio de constancia.

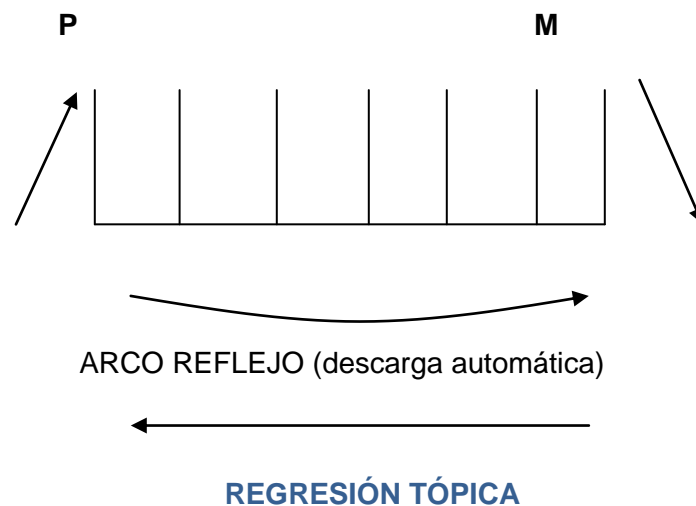


Figura 1

Así, frente a un nuevo incremento de la tensión, dicha carga irá a inervar la huella inscripta, produciendo una re-percepción del objeto y la consiguiente obtención de placer, acompañado de los movimientos que se realizaron en la experiencia de satisfacción (vg. el chupeteo). Así, y porque se trata entonces de un recuerdo fundido en percepción (identidad de percepción, regresión tópica al polo perceptivo), el placer se disocia de la



satisfacción efectiva de la necesidad, aportando un plus, una nueva dimensión de placer, que Freud llama sexualidad, y que como tal no se encontraría en el mundo animal. Es una dimensión netamente humana, promovida por la indefensión primaria que llama a la madre a cubrir la necesidad (es ella la que realiza la acción específica).

René Spitz (1969), uno de los primeros en dedicarse a la observación de bebés con un marco psicoanalítico para el abordaje, sigue esta línea. Para él, el niño aporta a la relación madre-hijo el anlage (bagaje genético) y la maduración, cuyos cambios son relativamente independientes del medio, y la madre representa al medio ambiente. En el bebé recién nacido el aparato perceptivo aún no está desarrollado, y por eso la actitud emocional de la madre servirá de orientación a los afectos del niño confiriendo a la experiencia la calidad de vida. La madre, dice Spitz, crea el clima emocional favorable en todos los aspectos al desarrollo del niño. El amor y el afecto de la madre por el niño hacen de éste un objeto de interés incalculable para ella; le brinda una gama siempre renovada, enriquecida y variada de experiencias vitales, que son todo su mundo.

Winnicott ubica esta indiferenciación inicial del bebé en relación a lo que él llama el “ambiente facilitador” o “marco”. En un primer momento, dice, este ambiente está constituido por la madre, o el adulto que asuma esta función (de hecho, padre y madre en este tiempo están fusionados, ambos están en función materna). Sin un ambiente que ofrezca continuidad, sostén y oportunidades para la experiencia, no hay niño posible: “no existe eso llamado bebé”.

Y esto, es importante subrayarlo, no implica en modo alguno pasividad por parte del bebé para recibir lo que el ambiente le brinda. Por el contrario, el bebé winnicottiano es un bebé creador, experimentador y, en este sentido, omnipotente: es un yo que domina



completamente el universo, que todo lo puede pues el nivel de la fantasía y el de la realidad están fusionados: lo que piensa, desea o imagina, cobra existencia real.

Autores como Brazelton (1993) y Stern (1991), a través de sus investigaciones en la observación directa de bebés, coinciden en afirmar la participación activa, y de estilo propio en cada uno, del bebé en la relación con su madre. Sin dejar de tener en cuenta la fusión primaria entre la madre y el bebé (Brazelton postula la díada madre-bebé como la unidad de análisis por excelencia para el estudio del recién nacido), afirman que cada miembro de la díada se influye y moldea recíprocamente.

Ricardo Rodulfo (1989), en su libro "El niño y el significante", también desarrolla esta tesis: el niño no recibe pasivamente significantes ya hechos sino que recibe un material significativo que activamente extrae y procesa.

En este sentido, y no a modo de ejemplo sino de vía regia para la exploración de esta cuestión, es notable la conducta de los bebés ni bien pueden hacer uso de sus manos (esto es, cuando la maduración del sistema nervioso permite la prensión voluntaria, a partir de los cuatro meses aproximadamente, y más específica y notoriamente a partir del uso diferenciado de los dedos): Rodulfo la llama "actividad extractiva", y efectivamente los vemos meter sus dedos en todos los agujeros del cuerpo de la madre (ojos, nariz, boca, aros, cadenitas, orejas, etc.). Más adelante, a medida que progresa la maduración motora, desabrocha botones, y extiende la "agujereación del mundo" a todo o casi todo lo que tienen cerca (la papilla, los juguetes, la plastilina).

Melanie Klein (1964) lo descubrió y lo interpretó: el interior del cuerpo de la madre es motivo de gran interés por parte del niño, y éste arranca de allí partículas. El niño horada en ese cuerpo entero un espacio donde alojarse. Del cuerpo agujereado de la madre el



bebé sacará los materiales que necesita para unificarse. El mito familiar, la modulación del deseo materno que recibe al hijo, no es entelequia ni discurso exterior; está situado en el cuerpo de la madre, espacio que el niño habita aun después de haber nacido. Este deseo, que lo precede y le ofrece un modelo de yo, un yo ideal que por la vía de la identificación le conferirá unidad, no se recibe como relato sino como huellas mnémicas (matices de las caricias, tensión o relajación de la madre, modos de mirar, etc.).

Esta identificación, Freud (1921) la postula como la primera forma de vinculación afectiva, anterior a toda elección de objeto. Es por lo tanto preedípica, anterior a la triangulación. Aún no hay tres, ¿pero hay dos? La identificación consiste en la incorporación del objeto admirado y estimado, con la consiguiente modificación del yo, que ahora es el objeto. En la fase oral, la identificación canibalística destruye al objeto en tanto que tal, pero lo inmortaliza en el propio yo, que ahora es el objeto amable. La identificación, entonces, es el reino de lo Uno, ya que objeto y sujeto no conviven sino que se acoplan, resultando que sólo hay lugar para uno en el lugar vacío del deseo de la madre.

Otra actividad común a los bebés, alrededor de los seis o siete meses, es el embadurnamiento. Se enchastran de papilla, con la que recubren buena parte de su cuerpo y lo que los rodea. La sustancia forma una película homogénea que recubre a ese cuerpo aun no integrado completamente, confiriéndole una suerte de unidad superficial. Los bebés se resisten a ser limpiados; no se trata de una repulsa a la limpieza (que sólo podría ser corolario del dique psíquico que se instalará recién después del complejo de Edipo), sino de una resistencia a ser despojados de esa parte del cuerpo que los cohesiona. El yo, dice Freud, no es más que superficie corporal. Pero lejos de la "unidad psicofísica" de la psicología, se trata de una superficie, en todo caso, sin interior. Es una



suerte de banda de Moebius, un infinito situado, que pone en continuidad y unidad el cuerpo del niño con el de la madre, y por lo tanto sus psiquismos, pero sin exterior ni interior.

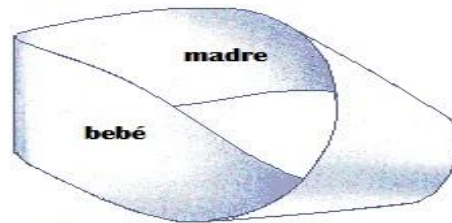


Figura 2

Hay eco de estas ideas en la teoría de Winnicott. La omnipotencia se despliega en la experiencia de la ilusión: el bebé recibe por parte de su madre el ofrecimiento del pecho, justo en el momento en que él tiene la capacidad de crearlo. El pecho entonces no es algo buscado, en tanto no está afuera ni se lo conoce ni reconoce antes de su creación; el pecho no tiene existencia independiente del bebé, en tanto es una creación propia, es parte de sí; el pecho, a la vez, no estaba (ni formaba parte del bebé) antes de ser creado; sin embargo, el pecho tiene realidad propia, consistencia, olor, sabor, textura. El pecho es de la madre en tanto es ella la que puede ofrecerlo, y no es de la madre en tanto es ofrecido. El pecho es el bebé en tanto es su creación, y el pecho no es el bebé en tanto consiste por sí mismo. Winnicott plantea esta experiencia en términos de paradoja, la cual debe ser sostenida como tal.

Este estado implica por parte del bebé una dependencia absoluta y un estado psíquico de no integración que (como dice Winnicott, si todo va bien) avanzarán hacia un período de



dependencia relativa y luego con una tendencia a la independencia; y en relación al psiquismo, a una progresiva integración del psiquesoma.

En este proceso, que implica una creciente diferenciación de la madre, ésta seguirá teniendo un papel relevante. Si ella parte de una identificación al 100% a las necesidades de su bebé (preocupación materna primaria), aportando continuidad existencial mediante la manipulación (handling), ofreciendo un sostén corporal que favorezca la progresiva integración, funcionando como pantalla que permite que el bebé entre en contacto con la realidad sólo en la medida en que esté en condiciones de crearla, también va cumpliendo la función de mostración de objetos, con los que va llenando este espacio que habita junto con su bebé para que éste los cree, objetos que lo acompañarán cuando su madre comience a ausentarse.

Es interesante la inversión que hace Winnicott, en relación a otras teorías en el campo (Piaget, por ejemplo, aun sin perder de vista la diferencia de marcos epistemológicos de cada uno de estos autores). No es el niño el que se adapta al ambiente para integrarse a la cultura; es el ambiente (encarnado en primera instancia en la madre) el que se adapta activamente a las necesidades del bebé, y es por esta vía que la cultura es reinventada por cada sujeto. Tampoco es la madre la que se separa del bebé, sino que es el bebé el que progresivamente y de acuerdo a su capacidad para tolerarlo (apoyado en los objetos que fue creando) se va alejando de ella.

La madre en este segundo tiempo promueve la desilusión. En la medida en que las experiencias tenidas en relación con la madre permiten que el niño crea (tenga fe) que su madre es confiable, éste avanza por un terreno propio (aunque le es dado, si bien esta pregunta no será formulada) y se inicia el camino de la separación. Vemos aquí



nuevamente que el proceso, si bien favorecido por la madre, es un camino que el sujeto debe recorrer por sí mismo: si fuera la madre la que se retirara, lo que produciría no sería frustración (que lleva a establecer el principio de realidad) sino aniquilamiento.

En su alejamiento, la madre pasa de ser concebida a ser percibida. Toma consistencia, es atacada por su ausencia (en la que consiste), y sobrevive a este ataque (lo que la vuelve confiable). La madre falla en la adaptación, pero esta falla no es fracaso, sino la promoción de una separación que no implica exterioridad sino un campo lleno de símbolos, un campo donde el niño podrá jugar.

Y el juego característico de este tiempo es el de aparecer y desaparecer, por ejemplo detrás de la sábana. Se ofrece y se sustrae a la mirada de la madre (hasta aquí única garantía de la propia existencia). Juega a no existir y a volver a existir; experimenta, en el sentido winnicottiano, que se traduce como juego, "como si", pasar por la no-existencia sin riesgo, porque hay retorno. Y el resultado de esta experiencia, si todo va bien, si la madre está allí al momento del regreso, si la madre sobrevive a su aniquilación, es la producción de un sujeto: él también sobrevive y consiste, por fuera del cuerpo y la mirada de la madre.

La realidad, entonces, no se constituye por una suerte de corrección de la percepción, sino que es producto de un trabajo del niño en el campo delimitado por un marco confiable. La desilusión no reemplaza a la ilusión, sino que la circunscribe. Ahora hay una actividad del sujeto en relación al pecho ausente, que se da en un espacio intermedio, que no es ni interior ni exterior, que no pertenece al niño y tampoco a la madre, pero donde ambos pueden jugar. Es un espacio creado por la superposición (no intercambio) entre lo que la madre da y lo que el bebé puede concebir. El pecho, al retirarse, deja caer



un pedacito, un pequeño objeto, que mantiene la paradoja de la ilusión: Winnicott lo llama “objeto transicional”. Este objeto permitirá el pasaje del dominio omnipotente (mágico) al dominio por manipulación (erotismo muscular), que implica la existencia consistente de objetos exteriores al propio cuerpo, aunque todavía tienen el valor de partes de sí mismo.

Vale la pena insistir: la desilusión es una consecuencia de la ilusión, depende de ella. Se produce en la experiencia de la espera, un tiempo que se abre entre la capacidad creadora primaria y la presentación del objeto-pecho creado. Si el pecho que debe ser creado no se presenta, la omnipotencia se ve cuestionada, es decir, se limita (por lo tanto ya no es omnipotencia absoluta) y se delimita (queda circunscripta a la zona transicional donde se recrea la ilusión enmarcada –sostenida por el marco- por la realidad). Este tiempo de espera se traduce en la resistencia del objeto a ser creado, y por vía de esta resistencia, empieza a consistir (el objeto existe por fuera de la creación del bebé).

Situemos este problema en Freud: el fracaso de la alucinación producto de la re-percepción de las huellas mnémicas de la experiencia de satisfacción se produce porque la descarga alucinatoria no logra cubrir la satisfacción de la necesidad que la originó. Este fracaso abre un tiempo de espera (inhibición de la alucinación), un tiempo de acumulación de energía en el incipiente aparato, que no puede hacer otra cosa que repartirla entre las huellas que posee. Se amplía el circuito pulsional, produciendo ahora un aplazamiento de la descarga en el objeto específico, a la espera de su presentación efectiva. Se ha inaugurado un nuevo modo de funcionamiento en el aparato psíquico: el principio de realidad complementa el principio del placer, abriendo nuevas vías para la búsqueda de satisfacción, obligando a la espera y por lo tanto a soportar la acumulación de cantidad, y por esta vía consolidando una estructura yoica de un carácter diferente: el yo de realidad



definitivo, que se ha constituido por la vía de la pérdida de objeto (una parte de sí, si tomamos en cuenta la indiferenciación de partida). Un yo agujereado, que descubre una parte de sí mismo en un afuera (ahora inaugurado como el lugar que habita este objeto perdido) que toma su musculatura, ahora erotizada, como vía regia para el intento de reincorporación de esta parte perdida de su propio cuerpo (pulsión de dominio). La angustia automática de la fase oral, que arrasaba sin más al precario aparato psíquico frente al aumento im procesable de tensión, vira lentamente hacia la angustia señal, apronte angustioso frente a la partida de la madre, que indica experiencia (inscripción) de la pérdida, y por lo tanto la posibilidad de prever las consecuencias y operar la defensa.

Este juego de desaparecer-aparecer es el antecedente del Fort-da. Recordemos que el nietito de Freud juega primero a aparecer en el espejo y luego sustraerse de él, para luego incorporar el carretel a su actividad. Y con esta incorporación, ya es un objeto, y no todo él, el que se desprende y vuelve. El yo puede sostener su unidad a pesar de la pérdida. Emerge la alternancia, una hiancia entre el aquí y el allá, entre el adentro y el afuera, entre el yo y una parte de sí. Hay un exterior al cuerpo de la madre. El acento está puesto en el arrojar, dice Freud. No es que se arroja afuera, sino que este arrojar produce un afuera que antes no existía. Tomando lo dicho anteriormente, podríamos decir que el gesto de arrojar horada la nada construyendo así el mundo de los objetos. A la vez, el arrojar consolida al yo, en la medida que la diferencia de lugares establece una línea divisoria entre el adentro y el afuera, entre lo que soy y lo que no soy, entre el sujeto y el objeto.

Ese afuera es el lugar adonde fue a parar el objeto; empieza a tener existencia una ausencia. Y no es un dato menor que el juego del carretel se acompañe de palabra (“fort”



y “da”), ya que justamente la palabra a la vez ratifica y deniega la ausencia. La palabra reemplaza al objeto faltante, convocándolo, rellenoando el vacío que éste deja; y a la vez subraya su ausencia en la medida de su necesidad fáctica y lógica. Para que haya lenguaje, el objeto debe ausentarse para poder ser recuperado en la palabra.

Para acompañar este momento de la constitución psíquica con los planteos de Piaget acerca de los procesos cognitivos, señalemos que el niño se encontraría atravesando el quinto estadio del período sensorio-motor, caracterizado por la homogeneización del espacio, la creciente permanencia del objeto (o sea, existe por fuera de la acción que el sujeto ejerza sobre él) y por lo tanto del yo, que se diferencia de él. El adualismo inicial ha sido superado, produciéndose una descentración en relación a la acción propia. El mundo consiste, y el espacio es una combinatoria compleja de desplazamientos de objetos.

Ahora bien, Winnicott dice en “Realidad y juego” (1986) que la condición de posibilidad para el pasaje del principio del placer al principio de realidad es una madre lo suficientemente buena. La desilusión, así, también cae dentro de la provisión ambiental. La madre es la que está (tiempo de la ilusión) y también la que se ausenta (tiempo de la desilusión). La transicionalidad tiene como característica la no culminación, transcurre en el tiempo de la espera, la sostiene, y la espera lleva al proceso creador. Pero esta espera tampoco puede eternizarse, a riesgo de violentar, arrasar, esta zona que se ha constituido. Si la espera se prolonga demasiado, el objeto transicional no sobrevive, se disipa, y con él la madre, el ambiente, el marco para la experiencia. Se hace presente el trauma, y la consecuencia es lo que Winnicott llamó deprivación: una ruptura en la continuidad de la existencia.



Agreguemos a esta secuencia un paso más: con el inicio del lenguaje y la marcha, la tendencia a la independencia crece. Spitz (1977) aporta un tercer organizador a los dos primeros de su serie, la sonrisa social y la angustia del octavo mes: el “no”, el gesto negativo, producto de la imitación. Efectivamente, los niños en su segundo año de vida suelen contestar “no” a todo, incluso a propuestas opuestas, incluso a lo que los padres saben que suele disfrutar. Es más, esta negativa no siempre se sostiene con el acto: frente al ofrecimiento de una golosina, dicen “no” mientras la toman con sus manos y la meten en la boca. ¿Qué sentido tiene este “no”? Es claramente un trabajo de diferenciación. La negativa afirma. ¿Qué? Su propia identidad independiente de la de la madre. El “no” es su D.N.I.

Para terminar, y sin olvidar que el tema convocante son los vínculos primarios, que como tales hemos problematizado y situado, quiero hacer una breve referencia a la función del padre en este proceso. Está claro que para Winnicott el padre, en lo que concierne al bebé, no está diferenciado de la madre en estos primeros tiempos constitutivos. Ambos indistintamente desde el punto de vista del niño, se ubican en relación a él en función materna. Sin embargo, en relación a su función diferenciada, y en tanto a la salida del Edipo el varón se ubica como portador de dones, su misión será sostener la díada madre-bebé, hacer él a su vez de pantalla para proveer la protección necesaria para que la madre tenga tranquilidad para entregarse a la “preocupación materna primaria”.

En relación a esto, relatemos una breve viñeta: en una de las entrevistas a los padres de un pequeño paciente, dice el papá en relación al momento del nacimiento: “cuando estábamos en el sanatorio, no paraban de llegar parientes. La habitación se llenó de gente, ¡y ellos (por la madre y el recién nacido) necesitaban tranquilidad! Así que los



eché a todos, y me paré en la puerta para que entren de a uno.” Este padre participa activamente en la formación de la díada, en el lugar que lo convoca: se ofrece como marco de sostén y protección.

El padre le da al hijo su apellido, ubicándolo así, de entrada, en la cadena generacional que va a permitir al nuevo sujeto darse un lugar en la cultura. En principio, su identidad se confirma como “hijo de”.

También Freud, en “Introducción del narcisismo” (1914) ubica a ambos padres como modelo para la identificación primaria. Y Melanie Klein se refiere a la pareja parental combinada, como fantasma original, que es una amalgama en principio indisoluble.

Concluyendo: en el inicio se trata de un tiempo de dos, que también son uno. Sin embargo, llegará el momento de la diferenciación, de la separación, operación que realiza el padre promoviendo la castración al rango de ley. Este corte produce al mismo tiempo un límite al goce del cuerpo de la madre, una renuncia a la satisfacción pulsional que permite la entrada en el universo cultural y la habilitación de vínculos diferenciados del niño con cada uno de los padres. La triangulación edípica va a producir una escansión: la elección de objeto y, en paralelo, las identificaciones que promoverán al padre al rango primero de rival, y luego de donador, ahora de un “serás” que otorgará al sujeto su identidad sexual definitiva.



Referencias

- Ajuriaguerra, J., Rego, A. & López-Zea, A. (1976). *Manual de psiquiatría infantil*. Barcelona: Toray-Masson.
- Berenstein, I. (1981). *Psicoanálisis de la estructura familiar*. Barcelona: Paidós.
- Brazelton, T. B. & Cramer, B.G. (1993). *La relación más temprana*. Barcelona: Paidós.
- Freud, S. (1984). Más allá del principio del placer. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- Freud, S. (1984). Proyecto de una psicología para neurólogos. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 1). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950, escrito en 1895).
- Freud, S. (1984). Introducción del narcisismo. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- Freud, S. (1984). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).
- Klein, M. (1964). *Contribuciones al psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé.
- Koupernik, C. (1976). *Desarrollo psicomotor en la primera infancia*. Buenos Aires: Planeta.
- Lacan, J. (1971) El estadio del espejo como formador de la función del yo ["je"] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En Lacan, J. *Escritos 1*. México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1949).
- Piaget, J. (1965). *La construcción de lo real en el niño*.



- Stern, D. N. (1991). *El mundo interpersonal del infante*. Buenos Aires: Paidós.
- Rodulfo, R. (1989). *El niño y el significante*. Buenos Aires: Paidós.
- Spitz, R. A. (1969). *El primer año de vida del niño*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Spitz, R. A. (1977). *No y sí*. Buenos Aires: Hormé.
- Winnicott, D. W. (1986). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa.
- Winnicott, D. (1959). El destino del objeto transicional. En *Exploraciones psicoanalíticas I* (pp.72-78). Buenos Aires: Paidós.